

MUSICA Y CREATIVIDAD EN LA ADOLESCENCIA

Algunas ideas para pensar la adolescencia y los procesos de subjetivación. El papel de la música y el recurso a la creatividad para la producción de novedades. La diversidad, la grupalidad y la individualidad.

Lic. Andrés Varela

Es mucho lo que ya se ha pensado y estudiado entorno de la cuestión de la adolescencia. Es un tema complejo, rico, y muy amplio. En su estudio han venido a confluír disciplinas y perspectivas diversas, que deben enfrentar, a mi modo de ver, la dificultad de proponer cuestiones definitivas acerca del tema. Esto en ocasiones se debe a características de los tiempos actuales, a la velocidad y rapidez con que se desenlazan algunos procesos y también a las características propias o intrínsecas de la adolescencia.

Esta dificultad sin embargo, no ha impedido la aparición de ideas y conceptos perdurables o válidos. Lo que quiero remarcar si, es la sensación de que en la adolescencia y al presente, el cambio y la contingencia parecieran ser lo verdaderamente constante.

Al momento de pensar la adolescencia en relación al papel que cumple la música en los procesos de subjetivación implicados en esta – si bien se puede tener la impresión de que se está acotando o restringiendo el campo – la dificultad es aún mayor. La música, como disciplina o como tema, abre un sin fin de posibilidades y de cuestiones que se proponen al pensamiento. De alguna manera lo que intentaré con este breve trabajo es plantear una serie de ideas vinculantes – como escollos – entre adolescencia, creatividad y música. En este recorrido muchas cuestiones habrán de quedar relegadas o apartadas y esto esta en relación con la dificultad que he mencionado al comienzo y a la vasta complejidad de los temas en cuestión.

Estos escollos, tienen que ver, no con los adolescentes que adscriben a una u otra corriente o estilo musical – adolescentes que en realidad se definen mas por una estética, hábitos, costumbres, ideología, etc. – sino mas bien con aquellos adolescentes que se agrupan entorno a una banda, e incorporan y viven la música desde este lugar; el hacer música como una práctica que empieza a definir sus vidas y a marcar un camino o una dirección.

Respecto de lo que decía al comienzo sobre la adolescencia, a menudo se la ha pensado como una fase o momento de transición en la vida del sujeto, que lo lleva desde la latencia y luego la pubertad hacia la adultez. Yo creo que estos adolescentes que de alguna manera se vinculan a la música desde un lugar distinto, que intiman con la música, que la hacen propia, están iniciando un camino que van a continuar en la vida adulta, donde habrán de enfrentar los distintos desafíos que irán surgiendo en diferentes momentos de su maduración, y de la de su música. Este trabajo piensa desde un lugar distinto por ejemplo, al lugar desde el que se ha pensado la adolescencia respecto de las tribus urbanas. Para estos adolescentes que son músicos o futuros músicos, estos otros adolescentes – los que con más frecuencia son descritos por los estudios de las tribus urbanas – son su público.

Con esto pretendo rescatar algo que me parece fundamental a la hora de establecer algunas diferencias entre distintos grupos de jóvenes. El papel activo y la creatividad implicadas y necesarias en un proyecto como puede ser la formación de una banda, así como lo que supone llevar adelante y sostener un proyecto de estas características son, al menos para mí, una toma de posición en la vida, personal, única y siempre en construcción.

H. Garbarino rastrea la etimología de la palabra “crear”. Nos dice que esta “proviene de cráter, que significa “boca de un volcán”. También “producir de la nada” o “hacer que empiece a existir una cosa” (Garbarino, H. 1990). Sostiene luego que “la posibilidad creativa existe, por consiguiente, en cada uno de nosotros, a la manera de un volcán apagado” (Garbarino, H. 1990). Cuando se crea una banda, es decir, cuando un grupo de personas – jóvenes en este caso – se proponen llevar adelante una tarea en común, dan existencia a una cosa. Esta cosa recibirá un nombre, y a ella se le irán adjudicando ciertos parámetros que determinaran algunas de sus características. De alguna manera, se “da vida” a una banda. Se crea una entidad. Esta entidad posee para mí, características que la hacen comparable a un Golem o a una criatura como Frankenstein.

El Golem, perteneciente a la mitología judía, es un ser creado a partir de materia inanimada, de barro, al que se le da vida por medio de una chispa divina. Estos Golems, son creados por personas religiosas o cercanas a Dios. ¿Por qué esta analogía? Creo que, como ya he mencionado, es posible pensar que una banda implica la creación de un nuevo personaje, de una entidad novedosa, o un cuerpo.

En un trabajo sobre la “Importancia de la música en el proceso identitario adolescente”¹, Carlos Kachinovsky y Aurora Sopeña hacen referencia a como “en ocasiones la música permite observar los cambios por los que transita un joven a lo largo de la búsqueda identitaria. Búsqueda que es posible acercarla a la creación de un personaje” (Kachinovsky, C., Sopeña, A. 2005).

Este personaje sin embargo no es el resultado de una creación colectiva, no se trata de una entidad semi autónoma, como en el caso del Golem, sino de una creación individual; personal. Este personaje viene a insertarse en la articulación de dos términos de una paradoja en la que el adolescente se encuentra sumido. Este “a la vez que necesita ser “el mismo”, ser uno, distinguirse de los demás, también necesita con la misma intensidad ser parte de algo, pertenecer, quedar y vivenciarse inserto en un linaje, y una historia que es la que le va a garantizar un lugar” (Kachinovsky, C., Sopeña, A. 2005).

Para el caso de un grupo, la creación de este personaje resulta más compleja justamente por el hecho de ser colectiva. Se diferencia del personaje en el trabajo anteriormente citado, además, por el hecho de que el grupo, o la banda como entidad, como producto, esta separada y goza de relativa independencia respecto de sus creadores, mientras que el personaje individual, personal, resulta indistinguible e inseparable de su creador. Es el quien lo encarna. El personaje es en lo que el joven se transforma. Podríamos pensar que este personaje se construye en base a la empatía del joven por un determinado grupo de pares al que adscribe en determinado momento, por incorporación, asimilación o imitación. En base a lo dicho, creo que no podría asegurarse que esto constituya un proceso de identificación, en tanto no puede saberse si se trata de procesos que resultarán en modificaciones perdurables del yo.

Para el caso de la entidad, la situación es distinta. Ella es creada por sus integrantes, quienes aportan y proyectan en ella sus sueños, deseos y fantasías. Esta entidad se nutre de sus integrantes, recibe de todos y de cada uno de ellos. Cuando ella sea capaz de producir música – es la banda, la entidad la que produce música, no sus integrantes – estaremos frente a la culminación de lo que podríamos considerar la primera instancia del proceso; el fin de la gestación o el nacimiento de la entidad.

H. Garbarino entiende que es la fragilidad narcisista del yo característica de la adolescencia “la que determina la propensión del adolescente a formar grupos de pares, como un medio de lograr una mayor cohesión narcisística, al sentirse parte de la identidad grupal. La unidad grupal contribuye a fortalecer la débil unidad individual” (Garbarino, H. 1990).

¹ Kachinovsky, C., Sopeña, A.: “Importancia de la música en el proceso identitario adolescente”. En Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 50 años de APU. Número 100, 2005. Impresora Gráfica, Montevideo – Uruguay.

La idea de la entidad que hemos venido desarrollando hasta aquí, tiene un segundo momento o instancia. Esta se convierte en un ser semi autónomo, y goza de una independencia relativa respecto de los miembros que la integran en el sentido de que, al irse enriqueciendo y consolidando adquiere una serie de rasgos distintivos y algo parecido a una personalidad, que surge a partir de lo que se ha investido en ella y de su entorno mas próximo. Diríamos entonces que la entidad se convierte en un Golem.

Una segunda instancia en la vida de este cuerpo animado – aunque abstracto – es aquella en la que los integrantes del grupo comienzan a nutrirse ellos de su creación. ¿Podríamos pensar que lo proyectado en ella vuelve a su lugar de partida, modificado, distinto, por vía identificatoria? Esta criatura, nacida del trabajo de sus integrantes irá – en la medida que cobra vida – diferenciándose de estos, extrañándose. Dice Anika Rifflet - Lemaire en un capítulo dedicado a la dialéctica de las identificaciones que “la alineación consiste en el hecho de ceder una parte de si mismo a otro yo distinto, en volverse extraño uno a el mismo. El alienado vive fuera de el mismo, prisionero de la imagen de su yo o de la imagen del ideal” (Rifflet – Lemaire, A. 1970).

Entiendo que la particularidad de esta creación colectiva, de cualquier creación colectiva en general, es que en su constitución, las fuerzas multiplicadas de sus creadores abren una brecha que separa aquella motivación inicial (definida como sueños, fantasías y deseos de cada uno) de aquello en lo que su creación habrá de devenir. Lo que su creación en realidad es.

Esto implica de alguna manera, el sacrificio de cualquier pretensión de control que se pueda tener sobre lo creado. El yo debe operar esta resignación, o no será admitido si el grupo funciona con relativa horizontalidad. Por otra parte y volviendo al tema de la adolescencia, a esta resignación se le añade una recompensa. Lo que obtienen en la segunda instancia de este ciclo recursivo de proyecciones e identificaciones es algo que no podrían haber generado por sus propios medios únicamente. Esto que se genera a partir del compartir; compartir miedos, inquietudes, angustias, alegrías, etc., y que simbolizado por el grupo vuelve al sujeto, para resituarlo y transformarlo, es algo que no solo abre un camino (por el que seguramente habrá de continuar, si así lo elige) para adentrarse en la adultez, sino que también constituye una estrategia madurativa rica y valiosa.

Creo que la música es lo que posibilita el surgimiento de este ser colectivo, creador. Y el impulso creativo de alguna manera esta en relación con el tiempo y con la muerte. Michel Maffesoli plantea que “el hecho de compartir y de vivir el mismo sentimiento de finitud no puede sino confirmar la común pertenencia a una misma naturaleza. En resumidas cuentas el ritmo no es sino el ritmo

especifico por el cual el sentimiento de finitud y el de pertenencia se expresan en lo cotidiano. El tiempo eterno de la duración efímera, el del rito, el del tiempo suspendido, repite en su intensidad misma la utopía recurrente del deseo de la vida como “obra de arte total” (Maffesoli, M. 2000).

En la introducción a este trabajo, aludí a que hacer música conlleva, para mí, una visión y una toma de posición en la vida. Creo que el deseo de la vida como “obra de arte total” de alguna manera lo explica mejor aun. Hablo de la música como herramienta para vivir la vida; una ética, o una estética de la existencia; del instante. Hacer música, “tocarla”, es un fenómeno colectivo y un ritual de “suspensión del tiempo”, “de anamnesis de la muerte”². Dice Maffesoli: “en el flujo ininterrumpido de la existencia, deteniendo el tiempo, lo ritual permite obrar astutamente con la muerte, imitándola, integrando algunos de sus elementos... El rito, por lo tanto, como retroceso, detención, regresión que permite afirmar la vida afrontando y asumiendo su contrario” (Maffesoli, M. 2000). Volviendo sobre el tema de la adolescencia, creo que es posible pensar en función de esto, que lo ritual cumple un papel importante en la elaboración del duelo del adolescente y lo acompaña en el tránsito que este habrá de recorrer para adquirir nuevas identificaciones y valores que subrogaran a los infantiles.

En un breve pasaje de un capítulo dedicado a la “Resignificación adolescente”³ Myrta Casas de Pereda nos dice que “la adolescencia también muestra un tiempo de indudable incremento de afinidad y creatividad musical” (Casas de Pereda, M. 1999). Se pregunta si algunos de los elementos que los adolescentes despliegan en la consulta podrían pensarse como una especie de “creatividad transicional”. Entiendo que lo último que he planteado se inserta de alguna manera en esta línea, sin embargo, creo que debe hacerse una salvedad. La música, y la creatividad asociada a esta, poseen valor en sí mismas y surgen de una necesidad que no debe adjudicarse únicamente a un “porque” en el mundo interno de los sujetos.

Para concluir, me gustaría recalcar la importancia que tiene la música – la música en general – respecto del sentimiento de soledad. Sabemos que la adolescencia es vivida por muchos jóvenes, aunque no todos, como un periodo de gran soledad e incompreensión. En parte, la búsqueda del adolescente de referentes ajenos a los del núcleo familiar, el apoyo en un grupo de pares determinado, y en general, mucho de lo desarrollado aquí, se acompañan de tales sentimientos. En mi opinión, es allí donde uno se ha sentido y entendido solo, que la música surge como un compañero incondicional. Su aparición por otro lado, no deja de confirmar esta certeza a nuestro

² (Maffesoli, M. 2000)

³ (Casas de Pereda, M. 1999)

espíritu. Estamos solos. Pero es ella misma a su vez, quien nos mueve y nos anima a volver a andar entre la gente con una nueva verdad a cuestas, y en ocasiones nos permite olvidar eso que hemos aprendido. Dice E.M. Cioran: “Sentados al borde de los instantes para contemplar su paso, acabamos por no distinguir sino una sucesión sin contenido: tiempo que ha perdido su sustancia, tiempo abstracto, variedad de nuestro vacío. Una vez más, y, de abstracción en abstracción, se desmenuza por nuestra culpa y se convierte en temporalidad, en sombra de si mismo. Nuestro deber entonces es devolverle la vida y adoptar frente a el una actitud neta, desprovista de ambigüedad” (Cioran, E. M. 1986).

* * *

Bibliografía

Casas de Pereda, M. (1999) “En el camino de la simbolización”.
Editorial Paidós, 1999. Buenos Aires, Argentina.

Cioran, E. M. (1986). “La caída en el tiempo”.
Ediciones Gallimard, 1988. Barcelona, España.

Garbarino, H. (1990). “El ser en psicoanálisis”.
Eppal, 1990. Montevideo, Uruguay.

Kachinovsky, C., Sopeña, A. (2005). “Importancia de la música en el proceso identitario adolescente”. En Revista Uruguaya de Psicoanálisis (RUP), 50 años de APU. Número 100, 2005.
Impresora Gráfica. Montevideo, Uruguay.

Maffesoli, M. (2000). “El instante eterno”.
Editorial Paidós, 2001. Buenos Aires, Argentina.

Rifflet – Lemaire, A. (1970). “Lacan”.
Editorial Sudamericana, 1980. Buenos Aires, Argentina.